

rio á otro hemisferio de la sociedad que siempre deseocierta. y marea, sobre todo, allí donde tanto se necesita un imperturbable concierto y una cabeza fortísima, en el ejército. No todos los aliados habían acudido á la cruzada monárquica en favor de los Reyes prisioneros y en contra de los revolucionarios triunfantes. Inglaterra no se atrevió á desmentir su culto por la libertad, y vacilaba; los ogros del Norte, los moscovitas, aunque desahogados de su guerra con Turquía por el tratado de Jassy que los soltaba contra Francia, se iban desde las orillas del Danubio á las orillas del Vistula, para lanzarse sobre Polonia y devorarla, mientras los Reyes vecinos peleaban en el Rhin, en el Mosa, en el Mosela, contra el pueblo soberano y la libertad universal.

Todo el contingente de tropas por Prusia movido contra Francia, se redujo á cincuenta mil hombres poco más, ó poco menos. Costáronle Dios y ayuda, en tanto trance, al Emperador de Austria, por su parte, los sesenta y cinco mil hombres amontonados sobre las orillas del Rhin y extendidos desde la salida del río en las aguas de Constanza, en su lago, hasta las fronteras de Holanda. Los emigrados, juntos en cuerpos, más ó menos militares, allá por Tréveris y Coblenza, por el margrariado de Baden, apenas sumaban doce mil hombres excitadísimos por la fe viva en los principios muertos y esperanzados de un próximo triunfo, pero inexpertos en achaques de táctica y estrategia; demasiado finos para el duro servicio militar, demasiado leales y demasiado fuertes para conformarse con el papel de ojalateros; comparsas vistosísimas en el alarde aparatoso y no cooperadores efectivos en el combate cruento; más propios para una revista que para una guerra. Todos estos ejércitos, reaccionarios verdaderos, no los ilusos formados por emigración, los regulares expedidos de Prusia y Austria, estaban animados por las primeras conocidas derrotas que supieron infligir á los franceses, cuando los franceses invadieran por el mes de Abril anterior al Agosto aquel, con tanto ímpetu y tanta desgracia, las fronteras de Bélgica. Creían los veteranos aquellos, veteranos alemanes, á las tropas que iban engrosando el ejército francés tropas de abogados, con mejores lenguas que sables, más hábiles en manejar los cañones de las plumas que los cañones de las batallas. Mientras el gran período de gloria venía, los soldados de la revolución ignoraban de qué color era el triunfo. Por eso, viéndolos desmoralizados á consecuencia de sus desastres, no se daban prisa prusianos y austriacos en impeler sus batallones y esgrimir sus armas. Si los acontecimientos interiores de Francia no los aguijonean, aquellas máquinas de la obediencia pasiva jamás salen de su paso, verdadero paso de tortuga, cuando no paso del atribuido falsamente al cangrejo. El veinte de Junio y sus descatos á los Reyes aceleraron el ataque. Gentes habituadas al desorden perdurable imaginaban todas las Cortes europeas á los revolucionarios franceses, y por lo mismo gentes incapaces de medirse con los soldados instruidos en la escuela prusiana de Postdam y con los soldados acribilladísimos de reveladoras heridas en las guerras austriacas contra Turquía y sus innumerables hordas de atléticos irruptores.

Mucho político galleaba en las huestes revolucionarias; pero no galleaban menos en las huestes realistas. Si en un lado apremiaban los comisarios de la comunidad junto á los comisarios de la Cámara, en otro lado apremiaban los comisarios de la emigración impacientísimos y vejatorios. Calonne, á cuya gestión del ministerio de Hacienda, en que lo puso Antonieta para compensar con regios despilfarros los ayunos forzosos impuestos por la ciencia y la previsión de Turgot, se debiera la ruina de los antiguos principios; no contento con haber llevado por sus desórdenes en el tesoro los Reyes hasta el Temple, llevábalos, en este momento, por sus maniobras maquiavélicas sobre los irruptores, hasta el cadalso. Y estas maniobras, asestadas sobre un generalísimo como Brunswick por Calonne, iban paralelas con otras no menos endiabladas que las suyas, sobre tan grande como extraño general, por los mismos revolucionarios. Nacido el duque prusiano sobre un trono feudal, propio para sugerir mortales vértigos, aumentó esta nativa propensión suya con el diario repaso á libros filosóficos, que le trastornaban el seso, al modo que los libros caballerosos trastornaron el seso á San Ignacio y á Don Quijote. Un enlace regio con hermana del Rey acercólo desde las cumbres de un trono feudal á las cumbres de un trono regio, y estas aproximaciones aumentaron en su pecho el anhelo por reinar. Viudo de la prusiana se casó con una princesa británica, hermana de Jorge III, y así el alma suya iba de trono en trono, tostándose un poco en los regios resplandores como inexperta mariposa. Un genio desarreglado en su espíritu, un vibrante sistema nervioso en su cuerpo, lecturas mal digeridas é ideas poco maduras en su entendimiento, una fantasía profunda como abismo del Norte y relampagueante como canicular noche del Mediodía en su imaginación, una palabra inspiradísima en sus labios, unas costumbres desordenadas en su vida, le hicieron accesible por su sensibilidad á todos los proyectos y por su sensualidad á todas las tentaciones imaginables. Así no andaba mucho, no disponía mucho, no guerreama mucho, esperanzado en que la revolución le forjase una corona, siquier fuese de hierro candente, á sus sienes, las cuales imaginaba él tenían frialdad bastante para soportarla sin abrasarse y fundirse. Luego no hay para qué dudarlo, entre Francia y Prusia, tan enemigas entonces, existían relaciones de afinidad seculares en la Historia. Una y otra tuvieron dos enemigos capitales durante las centurias décima-sexta y décima-séptima; España y Austria. Del protestantismo de Prusia y del pensamiento de Francia, de Lutero y Calvino, predecesores de Voltaire y Rousseau; de la reforma, predecesora de la Enciclopedia; del alma de la Germania protestante y del alma de la filosofía francesa, el movimiento universal se derivó, pues así como el destronamiento y suplicio de los Estuardos no fué más que un estallido de las innovaciones religiosas, el destronamiento y suplicio de los Borbones, que llegaba entonces, no pudo ser más que un estallido de las innovaciones filosóficas. El general, que tenía contra sí la revolución, estaba en alma y cuerpo con la revolución.

Tal estado de ánimo lo arrastraba fácilmente de un extremo á otro extremo. Así,



después de haber expuesto en un memorial secreto al Rey prusiano la necesidad imprescindible de respetar lo hecho por la revolución, dirigiendo un manifiesto al pueblo y al ejército para notificarles que no corría sus nuevas instituciones riesgo alguno y que se pasaría por el despojo de aquellos feudatarios imperiales demandantes de sus castillos en Alsacia; método saludable de dividir al pueblo francés y no identificar la Francia entera con su revolución; firmó, tras tenaces resistencias, aquel manifiesto audaz y antipolítico, en que amenazaba desatarse contra todos los partidos y desarraigar todas las instituciones y disolver todos los clubs y desarmar todos los milicianos y destruir el Congreso y ahorcar los jacobinos: programa terrible, al cual, como hemos visto, fechado en últimos de Julio y conocido por París entero hacia principios de Agosto, cayó por tierra derribado el trono antiguo y entró en posesión de la soberanía el pueblo subvertido. La comparación indeclinable y lógica entre lo que pasó antes de la prisión del Rey con las fuerzas militares francesas en su irrupción de Bélgica y lo que ahora pasaba después de la prisión del Rey con las fuerzas militares germánicas en su irrupción de Francia, justifica el diez de Agosto á los ojos hasta de aquellos estadistas más reaccionarios, pues, sin el empuje, sin el entusiasmo, sin el arrojo, sin el ímpetu impresos por la Comunidad revolucionaria y por el gigantesco Danton al pueblo en su defensa desesperada de la libertad y de la patria, se hubiera perdido Francia para siempre, y con ella se hubiera para siempre perdido la civilización universal, que tuvo, tiene y tendrá en Francia un eterno y etéreo foco. Entendiendo los aliados cómo la proclama de Brunswick fuera contraproducente, ciega y desatentada imposición de los emigrados, más enloquecidos aún que los revolucionarios, viéronse obligados á comenzar las operaciones y á poner en su retaguardia la emigración, causa de ruina para ellos, pues, haciendo la emigración que los defensores de Francia se creyeran amenazados de muerte, consiguieron desesperarlos hasta el extremo de que á esta desesperación, mataran sus compatriotas sospechosos de complicidad con el extranjero, como la sed rabiosa de los naufragos perdidos en una barca sobre las ondas amargas les obliga con una fuerza muy superior á la humana voluntad, les obliga sin remedio al horror increíble de chuparse la sangre propia ó comerse sus compañeros en el naufragio. Al treinta de Julio se movieron aquellos ejércitos aliados, muy curtidos en la experiencia, muy formidables por su disciplina y por su número. Con los cincuenta mil prusianos iban trenes de artillería numerosos y perfectos; entre los cuarenta y cinco mil austriacos resaltaba la mejor gente militar que peleó entonces, aquellos veteranos de la guerra con Turquía, y seis mil soldados del Hesse, quedando á retaguardia y apartadísimos los cinco mil odiosos y traidores emigrados. Ciento trece mil hombres componían las fuerzas irruptoras; ciento veinte mil hombres las fuerzas defensivas. Pero, mientras éstas se veían sacudidas por el terremoto de la renovación hurtándose el suelo bajo las plantas; y respiraban en aire huracanado irrespirable; y perdían y tomaban jefes, traídos

ó llevados á cada oleaje del tiempo; y caían en la indisciplina consiguiente al régimen preparado para permitir todas las expansiones y romper toda la restricción; los otros, verdaderas máquinas, llamados al cuartel y al campamento por vocaciones atávicas, por una educación transmitida de siglo en siglo, seres mecánicos, en quienes la ordenanza y la disciplina suplían todos los resortes del organismo y creaban una vida militar dentro de la cual no podían latir ni el corazón, ni las entrañas, ni la inteligencia siquiera; curtidos y adobados por una tradición que se creía infalible y que lograba una deficiencia en el libre albedrío como la impuesta por todo lo mecánico á las cosas, iban en organización fatal, á pasos acompasados por matemáticas marchas, enagenadísimos del pensamiento y del albedrío, al combate y al triunfo. No se puede imaginar, sino habiéndolo sufrido en persona, cuánto padece un gobierno encargado de pasar desde un régimen legal á otro régimen legal también, pero contrario al anterior, debiendo imponérselo á un ejército, el cual se cree adherido á todo aquello que acaba de caer en virtud y por obra de compromisos caballerescos, de obligaciones morales, de juramentos religiosos. Entraban los aliados en Francia por la misma hora y momento en que los ejércitos franceses trocaban un régimen por otro régimen; y tenían que cambiar insignias, en las cuales confiaban como los santones en los amuletos; que defender un gobierno y unos mantenedores de este gobierno, contra quienes habían recibido consigna y orden de combatir con todas sus fuerzas y toda su vida; que reemplazar jefes amados, individuos casi de sus propias familias con jefes desconocidos é improvisados; que sobreponer á costumbres, en cuya continuidad se libraba la existencia del alma, ideas no bien definidas y de una horrible vaguedad; que recibir como soberanos á los mismos contra cuyo pecho dispararan sus fusiles creyéndoles enemigos de todo Estado y de toda sociedad.

En el momento de avanzar los aliados, hallándose al frente de veintiocho mil hombres Lafayette, y disgustado, por los campos de Sedan; Bernoiville con treinta mil hombres por los campos de Lila; Kellermann por los campos de Metz con veinte mil hombres; Custine con quince mil hombres por los campos de Landau; y Biron por los campos de Alsacia con treinta mil hombres, sumandos componentes de suma, la cual á ciento veintitrés mil hombres ascendía. No hay que dudarle: estos hombres semejábanse, antes del diez de Agosto, usando una comparación muy vulgar, á hierro frío en montón; después del diez de Agosto, á hierro fundido en fragua. El gobierno adquirió, por obra de aquella dictadura colectiva municipal, tan fuerte como terrible, todo el despotismo indispensable á una máquina de guerra, pues la guerra no es otra cosa que un despotismo enfrente de otro despotismo y el amor á la patria suplió con sus inspiraciones en los bisoños al arte y al valor de los veteranos. La idea capital de aquella Legislativa, que consistió hasta entonces en excusar á todo el mundo y la debilidad del régimen parlamentario que á sí mismo se vedaba al verter en propia defensa una gota de sangre, idea extrema



y extremada, se convirtió en la idea extrema y extremada de combatir y culpar á todo el mundo, á cuantos creyesen los dictadores obstáculos á la salvación de Francia invadida y rémoras á la defensa nacional inmediata. No hubo más lema que defenderse, con uñas y dientes, defenderse, inmolando al éxito feliz de la defensa lo mismo el cuerpo que el alma, lo mismo la conciencia que la honra. Lafayette, en cuanto supo la prisión del Monarca y los asaltos á las Tullerías, abandonó sus tropas, tan enfurecido y desorientado como la noche misma en que recibió la noticia del atentado cometido por la rebelde manifestación popular de Junio al Rey, y quiso del nuevo régimen desasirse y quizás contra el nuevo régimen sublevarse. Pero halló tanta frialdad por el recién suprimido en los soldados, que se fué al Austria, requiriendo de sus banderas un asilo, como se fueran célebres generales griegos á las cortes de los déspotas asiáticos en busca de un refugio contra las ingraticudes y las cegueras de su patria. Si el Austria lo admite y lo perdona, hubiese caído despeñado del seno de la revolución en el seno de los emigrados con eterno daño para su Francia y deshonor eterno para su nombre. Un duro cautiverio de muchísimos años lo dejó incólume de traición, aunque reo de torpeza, y conservó su nombre inmortal, con la sublime leyenda unido del cruzado de la libertad para todas las generaciones democráticas y para todos los siglos progresivos. Su acto no enseña otra cosa sino que todos los profetas desconocen sus propias profecías en la hora suprema del cumplimiento, como desconocieron los autores del Mesianismo al Mesías. Y sigamos viendo esta guerra, originada en tal suprema crisis, é inmanente hasta su fin propio en todo nuestro siglo. Una triple barrera de inexpugnables fortalezas defendía entonces Francia de toda irrupción oriental. En la primer barrera entraban desde las fortalezas de Thionville á las fortalezas de Montmedy; en la segunda entraban desde las fortalezas de Metz á las fortalezas de Sedan y Mezieres; en la tercera entraban las embrenadas y hojosas alturas de las Argonas que llamaban los entendidos en guerra las Termópilas de Francia. Quince leguas tienen los bosques y las breñas del territorio llamado Argona, quince leguas extendidas desde Verdun á Sedan. Los aliados se habían propuesto en sus planes tomar el toro por los cuernos, atacar por esta línea formidable á Francia. Y fuerza propia tenían, pues no se necesita quemarse mucho las cejas en materias bélicas para saber que toda invasión oriental en Francia por Suiza, ó por Bélgica, pide mucha gente, y con menos gente, con mucha menos, con la mitad casi, podía invadírsele por la línea que pasaran los aliados, tal y como estaba entonces constituida, invasión, en aquel tiempo extraordinario, tanto más fácil cuanto que las tropas francesas ocupaban una larga línea desde los Alpes al mar, y además de hallarse tan diseminadas, se veían subvertidas por la crisis que todo lo desorganizaba. Las primeras tres fortalezas con que debían tropezar en su marcha los aliados, eran de suyo muy formidables, pero estaban de antiguo muy descuidadas. Estas tres fortalezas se llamaban y se llaman todavía Sedan, Longwy, Verdun, tras cuyo rendimiento

no tenían otra cosa que intentar los aliados, sino emprender un paseo militar por amplias llanuras y entrarse de rondón en París.

El prestigio de la revolución y su influjo sobre los contemporáneos en cosa ninguna se conoce, como en la paralización que comunicó al duque de Brunswick por medio del talismán de sus ideas, y que transmitió el duque de Brunswick al ejército irruptor en sus primeras jornadas. Había estallado como una bomba la noticia del cautiverio de los reyes unido al relato de los malos tratamientos hechos á sus personas, así en el cuerpo como en el alma; y hasta el veinte de Agosto no embistieron los aliados la fortaleza de Longwy, perteneciente á la primera línea de militar defensa, opuesta por el territorio francés y apercebida por sus defensores contra las segurísimas irrupciones, amenazadoras á la continua por el terrible Nordeste. Ocupaba la fortaleza y su formidable secuela de fortificaciones á lo Vauban una guarnición, en que había veteranos, mas en su mayor parte compuesta de noveles y bisoños voluntarios. No podía entonces la Comunidad revolucionaria prestar aún su empuje y su ímpetu á los franceses, uniéndolos por la dictadura en el amor á la patria; estaban la ciudad y la fortaleza de Longwy como estaban todas las fortalezas y todas las ciudades de Francia, dividida por divisiones crueles y en perdurables discordias, á guisa de Legislativa, ó de los partidos que en la Legislativa galleaban. Y la consecuencia de todas estas discordias fué que cada cual de los elementos y partidos discordes preferían la victoria de sus enemigos á las respectivas discordias de sus sendos rivales. Así capituló aquella clave de la defensa nacional el día veintitrés, fecha que debe quedarse muy fija y muy clara en la memoria universal, por haberse abierto con ella un conflicto que duró hasta el año quince de nuestra centuria y que háse reproducido más tarde, lo mismo en el combate de Francia con Austria, el año cincuenta y nueve, que en el combate de Austria con Prusia, el año sesenta y seis; que en el combate de Prusia con Francia, el año setenta. Este primer golpe á la cabeza del pueblo, no le aturdió. Aseméjose á una corriente magnética, cuyo resultado primero fuera sacudirlo con un exceso de vida, y empujarlo hacia las fronteras con un exceso de celeridad. Era la noche del veintiséis de Agosto y hora de las nueve, cuando entró el ministro de la Guerra en la sala del Congreso, donde había unos treinta diputados en grupos y de coloquios, llevando abierta epistola ó despacho en la mano, que anunciaba el desastre de Longwy. Esta carta-despacho refería la presentación de setenta mil enemigos; los cañonazos y los bombardeos implacables durante quince horas seguidas; las imposiciones del vecindario y de su ayuntamiento, resueltos por una entrega inmediata; la imposibilidad en el ejército de resistir [á estas imposiciones, cuando para toda defensa de una población fuerte, se necesita el consorcio de la gente militar con la gente civil; el acto de la inevitable rendición, que pactaba una salida con armas y en formaciones correctas; la pérdida y muerte de unos quince hombres en todo, pérdidas y muertes tan escasas, que parecían en aquel momento una mueca de irri-